

La intromisión francesa de 1808 y las secuelas para la Iglesia

José-Leonardo Ruiz Sánchez
Universidad de Sevilla

Resumen: Durante buena parte del siglo XIX los sectores confesionales y clericales españoles tuvieron una visión muy negativa de Francia. A ello contribuyeron los sucesos de la Guerra de la Independencia frente a Napoleón. En opinión de estos sectores, la dependencia ideológica de la clase política española de los planteamientos revolucionarios franceses durante el siglo XIX había tenido unas consecuencias desastrosas para España. Así, nada tenía de extraño que Francia, aparte de hacerla responsable de nuestros desatinos, fuese presentada por estos sectores también como “Madre y maestra de todas las impiedades”, calificación que se reitera a lo largo de toda la centuria decimonónica: si en un principio lo era por haber sido la adalid de la causa liberal y democrática, décadas más tarde sería –ya en la III República- de las políticas secularizadoras y laicistas.

Abstract: *The religious Spanish sectors had a very negative connotation of France during the 19th Century. It was increased by the events of the Independence War against Napoleon. According to these sectors, the ideological dependence of revolutionary French ideas from Spanish politicians during the beginning of the 19th Century was a disaster for Spain. Therefore, they considered France as the “origin of all the impieties”, an adjective which is reiterative during the whole 19th century. In the beginning the reason was because of the support of the liberal and democratic postulates. Later on –during the III Republic- the focus was on the secular politics.*

Palabras Clave: Iglesia, Guerra de la Independencia, Opinión pública, clericales, franceses, Napoleón, siglo XIX, laicismo.

Keywords: *Church, Independence War, Public opinion, clergy, French, Napoleon, 19th Century, Secularism.*

1. EL PLANTEAMIENTO

No es nuestra intención el centrarnos en el análisis de la Guerra en sí sino cómo aquella intromisión francesa se va recordando con posterioridad. No hay duda que cuando un acontecimiento se recuerda a distancia temporal de los momentos iniciales es porque su causa conserva todavía interés. El recuerdo siempre guarda una intencionalidad. Suele hacerse porque tiene cierta efectividad en momentos posteriores y es utilizando en una causa similar a la que originaron aquellos hechos. No está de más añadir que al recordarlos se están, igualmente, reinterpretando los sucesos en el nuevo contexto, con los elementos ideológicos del momento en el que se actualiza aquel mensaje, buscando argumentos que explicarían también la toma de posiciones frente a aquellos hechos de entonces y de ahora. En el caso que nos ocupa aquí hoy –no

perdamos el norte- los acontecimientos que traemos responden al alzamiento contra los franceses de 1808. De allá de los Pirineos, de nuestro vecino norteño, vinieron entonces el emperador Napoleón y sus tropas para imponer un nuevo rey en el trono español -José I, el hermano mayor del emperador- hecho que, a la altura de 1808 fue suficiente para levantar a la población, ocasionar un rechazo del invasor y generar una gran animadversión contra todo lo que fuese francés.

Entonces fue suficiente. Pasados los años, junto a aquella realidad que ocasionó en 1808 el rechazo, se irían sumando otros argumentos: los franceses vinieron a España provistos de armas para la lucha en la Guerra que llamamos de la Independencia pero, también, pertrechados de armas para otro tipo de guerra, la ideológica, con principios novedosos nacidos en la Revolución Francesa (principios “revolucionarios” –liberales-contrapuestos entonces en lo ideológico con al Iglesia), extraños, ajenos a nuestros planteamientos políticos tradicionales. Y cuando, a lo largo de todo el siglo XIX (particularmente desde el reinado de Isabel II) se vayan asentando y consolidando dichos principios “franceses” en España, desde determinados sectores se irá incrementando esa visión negativa, crecerá la animadversión hacia aquel país y todo lo que de Francia provenga, se arremeterá contra las ideas extranjerizantes, surgirá con fuerza un patriotismo españolista en defensa de nuestras tradiciones que tiene en el catolicismo su principal seña de identidad, de nuestro original (no contaminado por lo foráneo) modo de pensar y hacer.

En esta refriega que es religiosa, patriótica y con una profunda base ideológica, los acontecimientos de la Guerra de la Independencia se va a utilizar y reinterpretar con las claves más arriba apuntadas. De un modo especial se hará cuando se conmemore el primer centenario de los sucesos de 1808 (entonces tocaba), pero –insistimos- dicho acontecimiento es un elemento más en esa confrontación, en esa refriega en la que no debemos de olvidar el nuevo contexto ideológico, las circunstancias políticas de España en 1908. De todo esto vamos a tratar a continuación.

Para evitarles desgastes mentales innecesarios y temprano cansancio les propongo un simple ejercicio, referido a otro tiempo y lugar. Sabido es que en España existe una cierta animadversión hacia todo lo relacionado con los Estados Unidos de Norteamérica; se puede compartir o no este hecho pero nadie ignora su existencia. Lo anterior no nos debe impedir lo siguiente: que la animadversión no es general, sino que es de una parte de la sociedad española; que dicha animadversión tiene una base ideológica (dicho de otra manera, son determinados sectores ideologizados en una dirección los que tienen más en su punto de mira cuanto emane de Estados Unidos, nación que representa un modelo socio-político y económico concreto como es el capitalismo); que dicha animadversión puede buscar argumentos para su justificación en situaciones que son cambiantes en el tiempo y que se van retroalimentando (para los más jóvenes, el argumento puede provenir de acontecimientos de este mismo milenio y, como mucho, de la década de los 90 del siglo pasado; para los menos jóvenes acaso lo justifiquen en hechos anteriores como fueron los acuerdos de cooperación y desarrollo con el régimen franquista; y para los que no pueden estar de ninguna manera con nosotros, las generaciones que nos precedieron participaron de dicha animadversión hacia los Estados Unidos por su acción en una Guerra como la de Cuba en la que participaron en contra de España).

Visto el ejemplo anterior, si se sustituye: los Estados Unidos de Norteamérica por Francia; la parte de la sociedad española, por la generalidad de los católicos españoles, que son la mayoría del país; en cuanto al grupo más ideologizado, situamos a los sectores más intransigentes del catolicismo español, grupo mayoritario pero no todo el catolicismo español; y como argumentos en el que basar el movimiento “antifrancés” (a modo de lo que para Estados Unidos constituyó el conflicto cubano, la ayuda norteamericana al franquismo o las dos guerras en Oriente Medio para forjar el “antiamericanismo”), los sucesos de la Guerra de la Independencia serán, sin duda, la estrella en algún momento (cuando “tocaba”: al conmemorarse el primer centenario) pero –insistimos– entendidos sólo como la punta de un iceberg porque los ataques a Francia vinieron desde distintos frentes, participando este hecho en el *suma y sigue* para forjar esa visión negativa.

La cuestión ideológica es clave en todo este proceso, como lo es en la visión negativa de los Estados Unidos. La Guerra de la Independencia es un elemento más de la confrontación que colmata todo el siglo XIX, entre los planteamientos esgrimidos por los sectores confesionales más intransigentes y las nuevas corrientes ideológicas que emanaron de las revoluciones políticas de los albores de la Edad Contemporánea, cuyo paradigma fue la francesa de 1789. Durante muchas décadas, toda alusión a Francia desde estas posiciones confesionales tan caracterizadas solía hacerse mayoritariamente en clave negativa por cuanto de este país provenían las corrientes ideológicas que, aplicadas a la sociedad, a la economía, al pensamiento pero, sobre todo, a la política, había ocasionado y estaba ocasionando tantos males para una Iglesia que aún no se había desprendido en lo ideológico de determinados planteamientos del Antiguo Régimen.

Podríamos citar muchos ejemplos pero valga sólo este botón de muestra. El domingo 13 de diciembre de 1900, dentro de la misión parroquial que se celebraba en Moguer, entonces del arzobispado de Sevilla, se reunían a los niños en la Parroquia. El cronista del acto, ante tal espectáculo, no pudo por menos que describir con estas palabras lo que veía:

“Consuela el alma y el corazón rebosa de gozo cuando se presencian espectáculos tan gratos, y más en este joven siglo XX.

Enfrente de la legión escogida que se reserva como Soberano Monarca Jesús Redentor, levanta el grito y confeccionan leyes, endemoniados albaceas del nuevo siglo, no solo en Francia Madre y Maestra de todas las impiedades sino también en España”.¹

En resumidas cuentas, Francia es presentada en estos momentos como “Madre y Maestra de todas las impiedades” donde los “endemoniados albaceas del nuevo siglo”, levantan “el grito y confeccionan leyes”, algo que, también, estaba afectando, contaminando, el solar español.

Las letras son suficientemente ilustrativas del ambiente antifrancés en torno al comienzo del siglo XX. En esos precisos momentos no se habla de la Guerra de la Independencia cuyo primer centenario se iba a conmemorar al poco. El contexto es

¹ *Santa Misión en Moguer*, en “El Correo de Andalucía” (ECA en adelante) de 19 de enero de 1901.

distinto. La prensa católica sevillana, al igual que otros medios confesionales españoles, se hacían eco entonces de los acontecimientos políticos en Francia señalando que el gobierno “masónico” del Sr. Wadeck-Rousseau constituía el principio del fin del catolicismo francés, apoyado en francmasones, protestantes y judíos (como es sabido los agentes esenciales de la conjura según el pensamiento reaccionario) para aniquilar el catolicismo en Francia. Era una acción similar al *Kulturkampf* realizado en la Alemania de Bismark. Estamos -como se habrá adivinado- en plena III República Francesa que llevaba a cabo medidas secularizadoras entre las que se apuntaban la separación de la Iglesia y el Estado, la disolución de las congregaciones religiosas, etc., acciones que –apuntaban estos medios confesionales- se terminarían copiando en España en un futuro más o menos inmediato².

2. LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA, CIENTO AÑOS DESPUÉS

¿Qué fue la Guerra de la Independencia? Mejor aún, ¿con qué claves se interpretaron los sucesos de la Guerra de la Independencia desde estas posiciones confesionales en la conmemoración de su primer centenario? ¿cuales fueron las lecciones que debieron aprenderse de la Guerra, útiles años más tarde?

Como es fácil de imaginar, el año 1908 fue pródigo a la hora de publicar trabajos sobre la efeméride, no sólo en Sevilla sino en toda España. Para nuestro estudio nos hemos centrado fundamentalmente en dos trabajos publicados aquí, distintos en cuanto a la parte que abordan de aquellos sucesos centenarios y sobre el modo de hacerlo (uno narra e interpreta hechos; otro aborda fundamentos) pero, en ambos casos, insistimos, desde la visión católica local. Por razones que no se escapan, nuestro análisis lo centraremos sobre aquello que nos transmiten de los franceses, no sobre la generalidad de la obra que hemos utilizado para el estudio, algo que desbordaría lo que aquí se pretende.

2.1. Sevilla en la Guerra de la Independencia, de José Sebastián y Bandarán

La primera obra que hemos elegido es un folleto de un joven que al poco recibiría el presbiterado, D. José Sebastián y Bandarán, y que ya entonces apuntaba alto³; aunque el título es *Sevilla en la Guerra de la Independencia*⁴ el objeto del relato fue, a grandes rasgos, la actividad de la Junta Superior de Sevilla en aquellas circunstancias (“epopeya que se llama Guerra de la Independencia”, dice expresamente), entre mayo y septiembre de 1808, de la que destaca sobre todo su alto valor y patriotismo⁵. Una cuestión no menor es que se trató de un trabajo premiado en septiembre de 1908 en el VIII

² *El Kulturkampf en Francia*, en ECA de 20 de enero de 1901.

³ Nacido el 15 de diciembre de 1885 contaba pues entonces 22 años. Tras haber cursado el bachillerato en Sevilla ingresó en el seminario recibiendo el presbiterado en 1909. Fue doctor en Teología, Cánones y Filosofía.

⁴ José Sebastián Bandarán, *Sevilla en la Guerra de la independencia*, Sevilla, Imp. de El Mercantil Sevillano, 1909.

⁵ “Hechos gloriosísimos realizados por la siempre heroica ciudad de Sevilla en aquella epopeya que se llama Guerra de la Independencia; mas como los principales fueron debidos a la Junta Superior que encauzó y dirigió el ardor bélico de este pueblo notabilísimo, será suficiente relatar a grandes rasgos las operaciones de la ya citada Junta”. José Sebastián..., pág. 5.

Certamen organizado por la Real Asociación de Maestros de Primera Enseñanza San Casiano; decimos que el asunto no fue menor por cuanto estas pequeñas obras estaban destinadas a la formación de una biblioteca de referencia para los maestros católicos en sus enseñanzas.

2.1.1. El patriotismo popular

A lo largo de las páginas del texto *Bandarán* se destaca el patriotismo del pueblo, no tanto de las autoridades existentes a la llegada de los franceses. Un amor a la patria, que podemos ejemplificar con distintos párrafos. Así, dice, nada más tenido conocimiento de los sucesos del 2 de mayo en Madrid, el “amor patrio, que latía en los pechos de los hijos de esta Ciudad, comenzó a fermentar, amenazando levantarse, terrible e imponente para repeler con la fuerza la agresión de las tropas de Bonaparte”. Además, “enardeció los ánimos la noticia de las renunciaciones de Bayona, que descubrían a las claras el pérfido proyecto de Napoleón”. Y -en un suma y sigue- en lo que se refiere concretamente al patriotismo del pueblo, relata como la multitud arrebató las armas de la Maestranza de Artillería en la medianoche del 26 de mayo, para en la mañana siguiente en la Plaza de San Francisco, presentarse “en forma de batallón armado, y allí juró, primeramente, como Rey legítimo de España al señor don Fernando VII; declaró la guerra al emperador de los franceses; destituyó a todas las autoridades que a al sazón existían, y, asumiendo toda la responsabilidad, nombró una Junta, encargada de ejercer el mando en nombre de la Ciudad”. En cuanto a las adversidades que sufrieron en los primeros momentos los españoles, *Bandarán* refiere que el triunfo inicial de los franceses en el Puente de Alcolea de Córdoba (el 7 de julio de 1808, hecho que facilitó la toma de Córdoba) se debió “más por falta de orden y disciplina, como por el escaso número de soldados, y no por infidencias y cobardías, como alguno ha asegurado, fue derrotado nuestro ejército, que se puso en fuga, salvando la artillería”.⁶

2.1.2. La Iglesia sevillana y la intervención de la Divina Providencia

Bandarán no hizo una investigación original para esta obra. Los datos que aporta sobre la participación de la Iglesia sevillana en los hechos narrados están tomados, como cabía esperar, de estudios anteriores. Su originalidad radica en aquellas cuestiones que resalta o en las que más se detiene. Así, insiste en la destacada presencia de la Iglesia en los acontecimientos. Del arzobispo de Laodicea señala su presencia en la Junta de Sevilla constituida tras ser depuestos de sus cargos las autoridades afrancesadas. A la hora de presentar la cuestión económica, la reunión de efectivos necesarios en estos momentos iniciales para organizar y formar el ejército de Castaños, apunta que para arbitrar los recursos hubo “un patriótico desprendimiento del Cabildo Eclesiástico, de las Corporaciones y de los particulares”; y, a la hora de gestionarlos, existió también una buena administración por una comisión de la que formaban parte el deán y el canónigo Cienfuegos.

Fue en el tema de la religiosidad de estos patriotas sevillanos, hijos del pueblo se hace necesario matizar, que piden con fervor la protección divina que finalmente se obtuvo donde más se detuvo. Así, ante lo acontecido en estos momentos iniciales de

⁶ Id. págs. 6 al 11.

la Guerra en Córdoba (que dejaba abierta la puerta a la conquista de Sevilla por los franceses), el pueblo atemorizado buscó la protección divina pues “acudió también a implorar la protección salvadora de Nuestro señor por mediación de su siervo el glorioso Rey y conquistador San Fernando, celebrándose Misa solemne en el altar do se guarda su incorrupto cuerpo, y a la que asistió, devota, una inmensa muchedumbre (junio)”⁷. Las plegarias fueron escuchadas –refiere Bandarán– pues, cuando aún no estaba organizado el ejército de Castaños y Dupont venía para Sevilla,

“pero Dios Nuestro Señor inspiró un medio de defensa, que produjo completo resultado; fue el caso que un lucido cuerpo de ejército inglés desembarcó en el Puerto de Santa María con ánimo de atacar a Portugal, y la fama, que por una parte se encarga de aumentar el número, y por otra parte, cartas hábilmente esparcidas en el ejército enemigo, hicieron creer a Dupont que 15.000 ingleses venían a ayudar a los andaluces, infundiendo en su ánimo esta noticia de tal terror, que da la clave de su inexplicable conducta”.⁸

Esta religiosidad, el fervor de la población y sus autoridades, la ayuda de la Providencia puede observarse en todo el relato. Veamos algunos ejemplos. En la retirada de Dupont (previo a la Batalla de Bailén) tuvo que marchar rápido ante una imaginario e hipotético ataque conjunto de los ingleses y patriotas españoles (que no estaba previsto siquiera), en un casi darse a la fuga, para guarnecerse en Jaén, dejando en el camino carros y municiones. En todo ello Bandarán veía la intervención Divina al concluir “es ciertamente incomprensible la conducta de un General tan experto, al frente de un ejército de 18.000 hombres, de las mejores tropas francesas; no hay duda que la Providencia Divina lo ordenaba todo para el feliz éxito de la causa española”.⁹

La religiosidad de los patriotas españoles se hace también presente en distintas formas y momentos del relato. Al partir el ejército de Castaños hacia el frente, en lo que se culminaría con el episodio de la Batalla de Bailén, no faltaron las rogativas acudiendo “la Junta al digno Arzobispo de la Ciudad para que se hiciesen en la Catedral y demás iglesias públicas rogativas al Dios de los ejércitos, pidiendo protección para las huestes sevillanas que marchaban en defensa de su religión, de su patria y de su Rey (31 de Junio)”. En vísperas de la jornada decisiva (en unas fechas por las que “los españoles estaban entusiasmados con el recuerdo y aniversario de las Navas de Tolosa, ganada contra los moros en aquellos mismos parajes (14 de julio)”), cuando el enemigo francés estaba ya envuelto por las fuerzas españolas, Castaños decía estar dispuesto a entrar en el combate “confiando en la protección del Todopoderoso y en la intercesión de la Virgen de las Batallas, de Santiago y San Fernando, insignes protectores de las armas

⁷ Id. pág. 11. La situación fue descrita así de gráfica por Bandarán: “un terror indescriptible en el ánimo del pueblo sevillano, que creía ver ya a los franceses dentro de la capital, y que se convirtió en pánico al recibirse una misiva, firmada por Dupont y llena de insultos, en los que amenazaba con la muerte a todos los miembros de la Junta de Defensa”.

⁸ Id. pág. 13. En el relato de Bandarán se refiere que estas cartas fueron cruciales en el proceso que se instruyó contra Dupont en Francia por el comportamiento en este hecho (que con la conquista de Sevilla hubiese imposibilitado la acción de Castaños en Bailén) lo que le liberó de la pena capital.

⁹ Id. pág. 20.

españolas (19 de Julio)”. Alcanzada la victoria, una carta de Castaños “suplicaba además a la Junta celebrase una solemne función de acción de gracias en honor de San Fernando, por haberlo él prometido al entrar en combate; decretó por tanto la Junta que durante tres noches se iluminasen las casas de la Ciudad, y concurrió al solemne *Te Deum* que el 23 se cantó por las naves de la Catedral, terminando las preces en el altar del Santo, cuyo cuerpo se hallaba descubierto (22 y 23 de julio)”. Nada más regresado Castaños victorioso a Sevilla (1 de agosto), siendo recibido entre las aclamaciones del pueblo que le miraba como a su libertador, mientras se preparaba para acudir en auxilio de Madrid, “fue su primer cuidado visitar la Catedral, para dar gracias al Señor y a su protector San Fernando; cumplimentó después a la Junta [...]”.¹⁰

Tras la descripción de los hechos de los primeros momentos del conflicto Bandarán llegaba a sus propias conclusiones: “La [Junta] de Sevilla, durante el periodo de su existencia, hizo, como hasta aquí se ha indicado, todo cuanto es posible por vindicar los derechos de la Religión y de la Patria, inicuaamente atropellados por la ambición de aquel coloso que se llamó Napoleón Bonaparte”. La moraleja que extraía se refería no tanto ya a aquellos momentos de comienzos del siglo XIX sino a la realidad que le tocaba vivir a la altura de 1908 (“¡Ojalá sirvieran estas líneas para despertar en estas inteligencias su memoria y encender en sus corazones el santo amor a la Religión y a la patria que animaba a aquellos varones esclarecidos!”), texto que a poco que se analice encerraba una clara denuncia sobre las carencias de la sociedad española de comienzos del siglo XX.¹¹

No dejaré de anotarles una curiosa nota en una obra de notable patriotismo en nuestra Guerra de la Independencia. Es referida a la posible intervención inglesa en estos momentos iniciales del conflicto; se hacía poco adecuado y menguaría lo patriótico si nuestros triunfos iniciales se debiesen a la ayuda de una potencia extranjera (y anglicana). Las letras de Bandarán clarificaban las actitudes. Al ponerse en marcha desde Utrera el ejército ya preparado para ir en busca de Dupont, como “el Duque de Tilly solicitase con instancia [insistencia] acompañar al ejército, convino en ello Moreno [Tomás Moreno, Mayor General], aunque con repugnancia y contra el dictamen de algunos miembros de la Junta”, y cuando hizo la propuesta a Castaños de que las tropas inglesas se uniesen a las españolas para combatir a los franceses, “desagradaba a Castaños y a la Junta semejante proposición, pues conjeturaban que deseaban atribuirse el mérito de la victoria, por lo que se convino dar las gracias por la oferta, aunque sin aceptarla”. Nos bastamos nosotros solos, sin ayuda inglesa, para el triunfo en Bailén.¹²

2.2. El Discurso de Manuel Sánchez de Castro

Un segundo trabajo que hemos seleccionado sobre esta temática se debió a D. Manuel Sánchez de Castro, Catedrático de Derecho de la Universidad de Sevilla. Fue la conferencia del acto conmemorativo del Primer Centenario de la Guerra que se impartió

¹⁰ Id. págs. 21 a 29.

¹¹ Id. págs. 31-32.

¹² Id. pág. 29.

en La Anunciación, organizado por la *Hispalense* en unión de la Academia de Buenas Letras. Como no podía ser de otra manera se pronunció el 2 de mayo de 1908. La obra es diferente a la anterior. Téngase en cuenta que fue un acto público en la ciudad, dentro de un recinto universitario, ante la flor y nata de la intelectualidad y la clase política local. Por otro lado, se aborda el conflicto bélico en toda su extensión (no sólo la actuación de la Junta) ofreciéndose una visión menos local.¹³

Cuatro breves párrafos ilustran meridianamente su pensamiento:

“Así, pues, la guerra de la independencia fue la gran batalla de la civilización cristiana y española contra los ejércitos de un imperio paganizado”.

“[...] En España no había nada de eso [lo paganizado]: por no haber, ni gobernantes, ni casi ejército: no había más que un pueblo, lleno de amor patrio, lleno de heroísmo de pura marca cristiana y nacional, unido por los indestructibles lazos de la fe y de la historia”.

“[...] Nadie puede desmentir a la historia, y la historia es que España fue la única nación, el único pueblo que, como tal, luchó con él y supo vencerle; y que ‘Religión y Patria’ fue el grito que levantó en armas, como un solo hombre, como un solo guerrero, a todos los españoles”.

“[...] En España no fue el espacio lo que detuvo a Napoleón: aquí no había montañas inaccesibles, ni ríos profundos, ni climas ni pantanos destructores; o, si vale decirlo así, había la montaña más inaccesible de todas, la fe, granítica y robusta como el Pilar donde puso su planta la Madre de Dios, y un espacio infinito, la misma fe, que desde los abismos del corazón llega a los abismos del cielo”.¹⁴

Todo su texto es un canto a la Religión y al patriotismo, por este orden, términos que, en el caso español, se identificaba plenamente, “porque –no lo he dicho antes por creerlo innecesario– el principal sostén de la nacionalidad española era la fe, la fe católica”. Lo llamativo en el razonamiento de Sánchez de Castro era que no empleaba, como cabía esperar de él, los textos de Menéndez Pelayo sino los de personalidades muy alejadas de sus creencias y planteamientos ideológicos, como Pi y Margall, Proudhon, el mismo Napoleón o Castelar. En su opinión, siguiendo lo que era un planteamiento muy asumido en aquellos momentos por los sectores confesionales del país, la fe había unificado la patria, constituía el eje de nuestra historia desde el III Concilio de Toledo y caracterizado en hechos sin duda tan relevantes de nuestra historia como la lucha contra la civilización musulmana, la conquista de América, la defensa en la contrarreforma¹⁵. Además, esa misma fe había obrado un “doble prodigio durante la Guerra de la Independencia”:

¹³ Manuel Sánchez de Castro, *Discurso pronunciado por ... en la sesión celebrada en la Iglesia de la misma Universidad el día 2 de mayo de 1908...*, Sevilla, Papelería Sevillana, 1908.

¹⁴ Id. págs. 18 al 25.

¹⁵ Las referencias a los autores citados en Id. págs. 18-19. Respecto a la importancia de la fe, basten las siguientes letras: “Y esta fe religiosa, que, más que en ninguna otra nación, contribuyó a unificar los diversos elementos de nuestra península, y fue el eje de nuestra historia desde el III Concilio de Toledo, y caracterizó nuestras guerras en ocho siglos contra la civilización mahometana, y después, en la propagación del Evangelio por el nuevo Mundo, y en toda Europa en la contienda con el Protestantismo, fue también la que obró el doble prodigio de la guerra de la independencia. Doble prodigio, aunque perfectamente comprensible”, en Id. págs. 20-21.

“uno, el valor indomable, la constancia inquebrantable, el sacrificio inenarrable de los españoles: el hecho, ya indicado, de que todos, prelados y sacerdotes, labriegos, estudiantes, mujeres y niños, se convirtieran en soldados, -y otro, prodigio, que sin la unidad del poder central, las distintas regiones, que habían sido reinos autónomos, se alzarán separadamente, formando cada una su junta de guerra, y se unieran en breve, animadas de una sola idea: la Religión, la libertad y la monarquía, ¡la Patria!”¹⁶

Mostraba Sánchez de Castro como en la Guerra de la Independencia hubo personas afrancesadas pero no regiones afrancesadas (no está de más recordar que estos comentarios se hacen a la altura de 1908, en pleno auge del nacionalismo regionalista). En aquellos acontecimientos, la fe había actuado como aglutinador de todos los territorios, con el supremo ideal de acabar con las fuerzas expedicionarias extranjeras. Un invasor, Napoleón, que era llamado “coloso, el Atila, y más que Atila, el Nabucodonosor del siglo XIX, que plantó en Europa su estatua gigantea para que todos la adoraran”; en otro momento le comparaba con Calígula y Domiciano. Unos ejércitos franceses a los que tildaba de “paganos”, calificativo que participaba de su visión religiosa y patriótica de la Guerra; no era la Francia auténtica, la tradicional, la católica la que nos había invadido:

“Los ejércitos que aquí vinieron eran los mismos educados en la contemplación atávica de la antigüedad greco-romana; y su caudillo Napoleón, más que un Carlo Magno, coronado por el Papa, a quien él, Napoleón despojó y encarceló, era un César elevado al Impero por la guardia pretoriana, un sumo sacerdote que dictaba el Catecismo, y un pedagogo supremo que organizaba a su placer las universidades. Todo era así en la nación vecina: los trajes y las instituciones, copiados del paganismo; la conscripción militar, copiada de Atenas; las requisas de hombres y caballos, copiadas de Esparta; la apoteosis de los triunfadores, copiada de Roma”.¹⁷

Así pues, los revolucionarios franceses desde el siglo XVIII se habían saltado su historia secular buscando su abolengo en el derruido panteón de civilizaciones extrañas. Contraponía el caso francés, que había roto con su tradición (la de san Luis) asumiendo la antigüedad clásica como modelo, con el caso español que mantenía la suya, en la que la religión había forjado secularmente el ideal patriótico; de las letras de Sánchez de Castro se intuye que más bien expresaba un deseo que constatar una realidad. En su opinión los españoles debían defender su propia identidad. Mientras en Francia todo era

¹⁶ Id. pág. 21. Y proseguía para corroborar su enunciado: “Reinos, estados autónomos, habían sido Asturias y Galicia, Castilla y León, Vizcaya y Aragón y Navarra, Valencia y Cataluña. ¡Qué ocasión aquella para los que tuvieran agravios que vengar de los altos poderes que habían mermado sus libertades! cuán fácilmente habría podido Napoleón cortar con su espada pedazos de nuestro suelo! Y, sin embargo, -todos lo sabéis- Gerona, con San Narciso, Zaragoza, con la Virgen del Pilar, Valencia, con la Virgen del Puig, Asturias, con la Virgen de Covadonga, Cantabria, Sevilla, Murcia... con los sagrados emblemas de su devoción, formaron sus estandartes bélicos, y se lanzaron a la pelea común y unitaria de la defensa del territorio. Hubo entonces -¡pena da decirlo!- ministros afrancesados, magnates afrancesados, inquisidores afrancesados, curas afrancesados, literatos afrancesados; pero regiones, o comarcas, o aldeas afrancesadas, ni una siquiera: todas fueron españolas. Y si lo fueron entonces, en días de fácil emancipación, en días de luto, de sangre y de ruina, ¿por qué, y cómo, no lo han de ser para siempre jamás?” (págs. 21-22).

¹⁷ Id. pág. 18.

extranjero, en España, nuestro pueblo, mantenía la marca cristiana y nacional. En este sentido 1908 debía ser sencillamente la continuación de nuestra historia y no la ruptura con los hechos acontecidos en 1808.

La acción de los franceses en España durante la Guerra de la Independencia era comparada por Sánchez de Castro con el pasaje bíblico de la lucha de los Macabeos contra la invasión de Antioco:

“Antioco entró en Israel ‘y tomó la plata y el oro y los vasos preciosos y los tesoros que encontró escondidos’ y penetró ‘en el Santuario, y se apoderó del candelabro y de las mesas y de las coronas’. Napoleón hizo lo mismo en España: en las mochilas de sus soldados fugitivos iban patenas y cruces; sus generales adornaban a sus mancebas con las alhajas de la Virgen, y su propio hermano José, el rey de las once noches, el Pepe Botellas que todos conocemos, pudo decirle que la almoneda de los vasos sagrados había perjudicado mucho a su causa.

Antioco mandó ‘cartas y edictos para que todos abrazasen las leyes de las naciones’ y Napoleón comenzó por querer dar a España la Constitución que a él le plugo redactar en Bayona.

En aquel tiempo, en el de Antioco, hubo perversos israelitas que procuraban que otros hicieran alianza con los invasores, porque sin ellos no experimentaban más que desastres; y cuando vino Napoleón hubo también españoles perversos, los afrancesados, que hacían lo mismo con nuestros padres.

Contra Antioco no hubo guerra oficial organizada por el poder público. Tampoco la hubo contra Napoleón.

Sólo una familia, los Macabeos, que preferían morir en el combate a ver la destrucción de la nación y del santuario, se levantó para defenderlos. Aquí, entre nosotros, fueron familias de Macabeos todas las regiones y aun todas las familias españolas.

Y, para que nada falte: así como en la batalla de Emaus, los Macabeos, con sólo tres mil hombres, la mayor parte sin espadas ni broqueles, desbarataron a las aguerridas huestes contrarias, aquí, en España, también sin espadas ni broqueles, con la rodela vieja, a lo D. Quijote, como D. Mariano Cerezo, o con puyas de acosar reses, como los garrochistas de Bailén, hubo quien peleó, quien murió, y quien venció a las invencibles huestes del coloso del siglo”.¹⁸

Finalmente, siguiendo a Santo Tomás equiparó el martirio y la muerte por la patria, cuando esta muerte era -como en su opinión había acontecido durante la Guerra contra los franceses- en defensa de nuestra fe, de Dios. A su juicio la muerte por la patria era tan purificadora como un bautismo. “Más que patriotas –concluye- o por lo mismo que fueron patriotas, más que héroes, mártires han sido nuestros padres de la guerra de la independencia; y lo habrían sido lo mismo, y merecerían en igual grado el homenaje de nuestra admiración, aún cuando todas sus jornadas hubieran sido tan funestas como la de Ocaña”.¹⁹

¹⁸ Id. pág. 24-25.

¹⁹ Id. 26-27.

3. MÁS ALLÁ DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

La Guerra de la Independencia contribuyó a forjar sin duda una mala imagen de los franceses, particularmente de sus autoridades. Se contraponía lo que había sido Francia en aquellas circunstancias y lo que era o debía ser España. En los textos, aparte de marcar el ideal patriótico y religioso de nuestra nación (éste último como principal seña de identidad), se indicaba también que España debía ser fiel a su tradición, no imitar o dejarse influenciar por ideas extranjeras y menos las que provenían de Francia, como venía ocurriendo —esto lo añadimos nosotros— durante todo el siglo XIX. En este sentido, un siglo después la interpretación de los sucesos de 1808 constituyeron un argumento más (no el único) para, al tiempo de reafirmar el ideal de lo genuino español, atacar de paso a Francia y toda su influencia negativa en el mundo cristiano occidental durante el siglo XIX, visión que estaba muy extendida en amplios sectores (no en todos) del catolicismo europeo y español.

La visión sobre el particular de un afamado publicista católico sevillano, el catedrático Francisco de Casso y Romero, la dejó plasmada en su discurso pronunciado en el congreso católico de Burgos celebrado en 1899: “El siglo XIX es radicalmente anticristiano y ateo”. Un ateísmo que en su opinión era la negación del orden biológico universal y especialmente de la libertad humana, sin la que el hombre quedaba sometido al instinto y fanatismo de la materia. Además, ese siglo había impuesto como ley social y personal de la existencia humana el Materialismo, Fatalismo y Determinismo, además de otras teorías frente a la acción providencial en la historia y al libre albedrío para el perfeccionamiento humano de la tesis católica. Todo ello había llevado a que el Dios de la Teología Cristiana sea reemplazado por la fuerza; la lucha de clases fuese el orden de la vida humana; el Estado es el único que puede establecer la norma de orden social incluso triturando los derechos del hombre. Por eso, la sociedad y el hombre fin de siglo había retrocedido a las aberraciones del mundo pagano, por ese mismo criterio experimental, viviéndose en plena antítesis con la idea anticristiana:

“Inicio esa reacción la Enciclopedia, circuncidola con la cuchilla de la guillotina, vertiendo arroyos de sangre, la Revolución; y hoy constituye el espíritu y la forma de la construcción filosófica, política, jurídica, económica y social en tales condiciones que, aún cuando no ha llegado todavía a la plenitud de su desarrollo, que indudablemente se avecina, domina ya en las ciencias, en la literatura, en las costumbres privadas y públicas, y, sobre todo, constituye el éter que flota en la atmósfera de las ideas en que se desarrolla la vida en todas las esferas de la actividad, inclinando con pesantez irresistible la voluntad, que marca el rumbo en el gran manómetro de la civilización, hacia un orden de cosas, que hoy no es dable más que presentir muy vagamente”.²⁰

Fácil es deducir que, en el fondo, Francia estaba en el origen y detrás de cuantos males habían acontecido en el mundo occidental a la Iglesia y a los católicos a juicio de todos estos pensadores españoles y sevillanos de finales del siglo XIX.

²⁰ Francisco de Casso y Romero, *El siglo XIX ante la religión católica*, Sevilla, Escuela Tipográfica Salesiana, 1899 (el texto reproducido en la pág. 36).

Este sentir contra la proyección de la ideología francesa en el mundo occidental y su traducción a lo político lo encontramos también en otro tipo de textos, acaso menos elaborados que los anteriores al no ser dados para su publicación como una obra propia, pero precisamente por ello expresan de una manera más meridiana el sentir generalizado de estos amplios sectores confesionales (insistimos nuevamente que no en todos). A lo largo de nuestra dilatada en el tiempo acción investigadora nos hemos encontrado numerosos casos. Así, cuando el 29 de noviembre de 1908 se celebró la entrega de los premios San Casiano (del que resultó premiado el trabajo de Bandarán) ocupó la tribuna el M. I. señor don José Roca y Ponsa, magistral y director espiritual de la Asociación de San Casiano, las letras con las que el cronista narró el acto son suficientemente elocuentes de lo que indicamos:

“Desarrollo el tema de que la Guerra de la Independencia española de 1808, no fue contra Francia, sino contra la revolución y el enciclopedismo, encarnados por Napoleón Bonaparte y sus secuaces, explanando con gran brillantez la materia, aduciendo para ello argumentos concluyentes, llevando al ánimo del auditorio la convicción de que esta guerra tan gloriosa para nuestra patria, no fue contra la legítima Francia de San Luis, Clodoveo, Carlomagno y Juana de Arco, que no representaba la tropa abyecta que al traspasar los Pirineos no hicieron más que profanar lo mas caro y santo que tenían los españoles, conculcando los venerados principios de la Religión y de la Patria”.²¹

Que estos planteamientos no eran nuevos, traídos por la conmemoración de la Guerra, queda corroborado con la lectura de las publicaciones católicas decimonónicas; otra cosa es que con los actos de aquel año se trajeran de nuevo aquellos posicionamientos. En la década de los ochenta del siglo XIX, también encontramos esta visión negativa de Francia y de las ideas que había “propalado”. Así se expresaban las publicaciones católicas sevillanas al conmemorarse el XIII Centenario de la unidad católica, la conversión de Recaredo, que reunió en una misma religión al pueblo español y sus gobernantes, fecha y hecho tan crucial en esa íntima relación entre patria y religión.

“Si todas las naciones de Europa, y con ellas España, viven este siglo las consecuencias de la revolución francesa, porque nuestras leyes actuales están inspiradas en sus máximas y calcadas en sus principios, y nuestros gobiernos imbuidos en las falsas doctrinas que ella propaló, ¿presenciaremos inactivos el triunfo de la que engendró y llevó en su seno y lanzo al mundo para nuestro daño este monstruoso conjunto de miserias que nos rodea? No. La religión, la patria exigen de nosotros una tenaz resistencia, una oposición decidida. Si somos españoles de veras, si de veras somos católicos, no podemos menos de levantar bandera contra bandera, la bandera de la cruz frente a la bandera de luzbel, la bandera de nuestras patrias tradiciones en frente de la bandera del liberalismo moderno en todas sus manifestaciones, el centenario de la unidad católica frente al centenario de la revolución”.²²

²¹ *Las Fiestas de San Casiano*, en ECA de 30 de noviembre de 1908.

²² Juan Antonio Zugasti SJ, *El Centenario XIII de la Unidad Católica*, en La Revista Católica, Sevilla, 1889, pág. 246.

Se ponía como ejemplo que los principios revolucionarios habían suprimido la unidad religiosa, había secularizado la enseñanza, admitido a “sectas heréticas y masónicas”, perseguido a las órdenes religiosas, traído la libertad de imprenta, de cultos de asociación, de conciencia y otras medidas que tanto daño habían causado a la Iglesia y a la sociedad. Poco es sabido que la celebración del Centenario de la unión católica en España en 1889 surgió como reacción, para contraponerla a los fastos que se estaban preparando en nuestra nación vecina con ocasión del Centenario de la Revolución Francesa.

Podríamos traer aquí muchos más testimonios sobre esta visión negativa de los franceses en un sentido amplio y su influencia en todos los males de la iglesia decimonónica. Los encontramos con reiteración en todas las publicaciones católicas, sobre todo las más intransigentes, tanto locales como nacionales. Estos medios confesionales, que más arriba hemos apuntado se correspondían en lo ideológico de una manera mayoritaria con los sectores más intransigentes, señalaban que la conmemoración del Primer Centenario de la Guerra de la Independencia no se le había dado el fasto que le correspondía. Había existido desinterés, falta de entusiasmo por parte de las autoridades porque, según estos sectores, los actos los venían a organizar los “hijos y nietos de afrancesados, que son quienes hoy viven, cuyos antepasados intentaron imponer las costumbres hoy vigentes que era, en definitiva, lo que Napoleón quería imponer en España. Por esta razón, ¿cómo van a organizar actos en condiciones para conmemorar la fecha?”²³. Algo así aparecía también enunciado aunque de una manera un tanto difusa en el discurso de Sánchez de Castro al dar por sentado que quienes allí estaban conmemorando la gesta del 2 de mayo de 1808, aún respondiendo a planteamientos ideológicos bastante dispares, compartían en aquel preciso acto lo que vino a significar para el país, para España, aquellos acontecimientos.

Que no todos participaban de esta visión tan negativa de los franceses y de su obra también era verdad; acaso la razón estribaba sencillamente en que lo ideológico no les cegaba a la hora de efectuar afirmaciones tan categóricas y negativas. Un hombre sobre el que, paradójicamente, recayó injustamente multitud de acusaciones de intransigencia demostraba una vez más -ahora en el caso de los franceses que nos ocupa- el equilibrio y mesura que siempre le caracterizó. Las ecuanimidad en las letras sobre Francia del cardenal arzobispo de Sevilla Beato Marcelo Spínola y Maestre, plasmadas cuando ocupaba la silla de Málaga, son elocuentes de su personalidad tan poco dada a descalificaciones categóricas.

“La empresa, pues, soñada por tantos estadistas de nuestro siglo de constituir pueblos sin Dios, es más que titánica, y por lo que a nosotros toca, no vacilamos en calificarla de delirio.- Lo cual patentemente se desprende del triste ensayo hecho en la pasada centuria por la desdichada Francia, que locamente apasionada, ora del bien, ora del mal, unas veces acomete hazañas que asombran, y otra se lanza a crímenes, que ponen espanto. Un día, cuando el frenesí revolucionario se había apoderado de gran número de espíritus, los antiguos vasallos de San Luis, imitando a los Israelitas acampados al pie del Sinaí, congregáronse en derredor de un altar, que erigieron a la Razón, representada por inmunda prostituta, y con entusiasmo

²³ *Que conste*, en ECA de 7 de mayo de 1908.

diabólico, agitándose en torno suyo, gritaban a semejanza de los Hebreos: Este es, ¡oh hombre!, tu único oráculo: esta tu ley y la norma de tu vida: esta es en una palabra la sola diosa que adorarás en el porvenir”.²⁴

Ni generalizaciones ni simplificaciones: con independencia de posiciones ideológicas particulares e incluso doctrinales, era de justicia reconocer las luces y sombras que en estas cuestiones había observado nuestro país vecino. Una visión, un análisis poco habitual en el entorno en el que se movía el cardenal.

4. LA PARADOJA CON LA “ENEMIGA” FRANCIA

Tras lo expuesto ¿había que rechazar todo lo que de Francia viniese? Cuanto viniese de nuestra nación vecina ¿era tan negativo? Ya hemos adelantado las letras de una personalidad tan relevante como las del Beato Spinola. Como sabrán, la actividad de los católicos para poner coto a todos los desmanes contra la sociedad cristiana y la Iglesia es englobada bajo la denominación específica de movimiento católico para aquellos precisos momentos. Poner en marcha la prensa genuinamente católica, participar en la vida pública, crear organismos para evitar la lucha de clases, fomentar la educación cristiana, etc., se incluyen dentro de ese movimiento católico que en Sevilla tuvieron un empuje destacado durante el pontificado del cardenal Spínola.²⁵

Bien lo sabían los propios coetáneos de los acontecimientos que narramos, a comienzos del siglo XX en España. En otra de las obras publicadas con ocasión del Primer Centenario de la Guerra de la Independencia (en la que se defendía el paralelismo de este hecho con la Reconquista misma) se proponían algunas acciones a emprender para acabar con la herencia de la Revolución Francesa y la Guerra de la Independencia. Leamos su propia receta:

“¿Medios?- Todos cuanto a nuestro alcance estén: pero en particular, siguiendo los derroteros trazados por aquel *centro de vigorosa luz* que al mundo alumbraba, y sin el cual naufragarían y que como Jefe de Nuestra Iglesia Militante nos conduce y nos guía al puerto de segura salvación.- *La unión constituye la fuerza*.- Unámonos y combatamos con lealtad, frente a frente al Napoleón que en forma de *Liberalismo* pretende desterrar nuestras creencias de este bendito suelo que nos vio nacer. Pero no lo hagamos confiados sólo en la oración, necesitamos unir a esto lo que informo a Pelayo en la Reconquista o a los héroes del Dos de Mayo, lo que aconseja el refrán, pues: *A Dios rogando y con el mazo dando*, es decir que unamos a la oración nuestros buenos deseos y que de estos nazca la práctica activa de los medios adecuados para vencer en toda línea al enemigo.- Llevemos a todo lugar nuestras ideas, invadamos con ellas el hogar, el periódico, el casino, las sociedades hasta llegar a la *médula de la Nación*, los hombres que rigen nuestros destinos políticos; protejamos y

²⁴ Las letras en el *Discurso* pronunciado en el *Congreso Católico de Sevilla* (Sevilla, 1892, pág. 313).

²⁵ Los distintos aspectos del movimiento católico sevillano han sido estudiados en gran medida por quien redacta estas líneas siendo obras suficientemente conocidas.

fomentemos la buena prensa, declarando guerra sin cuartel a la mala; creemos Centros en abundancia donde con el cariño y abnegación propia del Cristianismo, se inculque al pobre obrero las ideas que son el verdadero pan de la inteligencia, y si después de esto aún nos resta por sacrificar la vida material, hagámoslo, que para eso hemos nacido, para morir y no solo por ley natural, sino por deuda de Amor, por Aquel que expiró en el Gólgota por nosotros”²⁶

Posiblemente el autor del texto (y seguro que también muchos de los que arremetían contra Francia en aquel contexto) que tan partidario era la puesta en marcha de todos esos mecanismos para detener el avance del mal, desconocía cuestiones básicas de la historia de aquel país, particularmente de la acción de los cristianos durante todo el siglo XIX que habían tenido que combatirse en numerosas ocasiones contra los defensores de las ideas nuevas (modernas). Acaso la acción de los católicos franceses en el campo de la acción política iban con cierto retraso respecto de países de su mismo entorno (Bélgica, Alemania). En cambio, el modelo más extendido en aquellas fechas para procurar la armonía, el entendimiento, entre los patronos y obreros (la fórmula de los círculos católicos de obreros que impulsó tanto el P. Vicent SJ en el levante español) no era sino la propuesta que el Conde Mun había ensayado en Francia en el último tercio del siglo XIX. De igual modo, en el impulso de la prensa y propaganda católica en España y, particularmente en Sevilla que fue la ciudad de referencia en el primer cuarto del siglo XX, el modelo empleado e incluso la denominación “buena prensa” está copiado de la actividad de los católicos franceses como puede constatarse de la consulta de los folletos empleados por los sevillanos para su difusión, como hemos puesto de relieve en muchos de nuestros trabajos.

A Francia se le culpabilizaba de numerosos males padecidos por la sociedad y la Iglesia decimonónica; pero también los católicos franceses, habiendo sido conscientes de los males que acechaban a su nación, habían elaborado a lo largo del tiempo las respuestas para atenuar los efectos del mal en cada momento. Los sectores confesionales más intransigentes del país denunciaban como malo todo lo que provenía de nuestro país vecino pero, en la mayoría de los casos si no en todos, ocultaban que las recetas que proponían también provenían de allí. Sólo algunos ahorraban la descalificación general y optaban por reconocer las luces y las sombras de aquella nación, en contra incluso del parecer de quienes les rodeaban.

²⁶ José María Caballero y Castilla, *Analogía entre la epopeya de la Reconquista y la Guerra de la Independencia*, Sevilla, El Mercantil Sevillano, 1908, págs. 11-12. La obra, dedicada al Magistral Roca y Ponsa, es el nº 14 de la Biblioteca de la Asociación de Maestros de la Enseñanza San Casiano y fue leído públicamente el 26 de septiembre de 1908.